

Lo que esperan de la República las mujeres que ganan su vida pobremente y con gran esfuerzo...

Las cigarreras.

FÁBRICA de tabacos! ¡Cigarreras! La leyenda de Carmen cruza ante nosotros al conjuro del nombre! ¡Cigarreras!... Imposible separar la realidad de la novela. A través de los cristalitos color de rosa de la fantasía, desfilan historias de amor y de muerte, compañeros inseparables de nuestra raza... Celos... Riñas... Navajas que vivorean en el aire para morder en la cara de la rival, marcando un chirlo «pa que escarmiente»... Mujeres hermosas con gallardías de hembra siempre victoriosa, merced al poder de su belleza... Llevan en el pelo un clavel rojo, muy ladeado, besando el cuello... Parece una herida..., o mejor su corazón... El busto erguido y firme se cubre apenas con un airoso mantoncillo negro, de flecos muy largos, que ondulan y enredan al que acierta a ponerse cerca. El pie, calzado con zapatito de charol, abulta menos que sus ojos... La falda de percal se mueve con donaire a compás del andar menudo y garboso. Pisa con fuerza y desafía al mundo con su mirar, y el repiqueteo de sus tacones parece que dice: «Aquí va una cigarrera madrileña...»

Empiezan a salir las cigarreras de la fábrica. Despacio bajan las escaleras. Confuso montón uniformado. Amplios delantales azul marino las cubren por completo. Pasan ante nosotros veinte a cincuenta..., gordas, flacas..., bonitas..., feas; pero casi todas pasan de la cuarentena y ninguna responde al tipo tantas veces descrito. Un poco escamada, pregunto al fotógrafo:

—Oiga usted, señor Cámara, ¿está usted seguro que esta es la Fábrica de Tabacos?

—Sí, señora. Segurísimo.

—Y esas... ¿son las cigarreras... de verdad?

—De verdad... ¡Ay! Si las hubiera usted visto hace veinte años... Hasta los adoquines de la calle se levantaban para verlas pasar... Por eso hay tantos desniveles en esta calle. (¡Andaluz!) Acérquese usted a ellas; pero *despierta*, y se convencerá de que han sido, ¡ay!, todo lo que usted ha soñado y más...

Nos rodean en un instante. Pregunto a una amable viejecita:

—¿Quedan más?

—Sí, señora— me responde.

—Quedan las jóvenes... Mire usted, ahí salen algunas...

—Pa qué es esto?—interroga una curiosa.

—Para CRÓNICA...

—¡Amos, quite usted de ahí! ¡A mí me la va usted a dar! Chicas, no sus dejéis retratar, que esto es pa una película. Dicen que pa un periódico, por no soltar las pesetas; pero a mí, como no abillelen, ¡nequáquain!

Y se va muy indignada contra las compañeras que se dejan *explotar* con el timo del periódico.

—¿...?

—Trabajamos a destajo; pero figúrese usted. Pagan a las mecánicas, por un millar de cigarrillos, noventa céntimos, y no digo na las del taller del desvelado, que tienen que trabajar con las tripas de los cigarrillos puros...

—¿...?

—Hay días que salimos a dos veinticinco. ¡To ese capital pa nosotras solas!

—¿...?

—La mayoría tenemos hijos, o padres, o hermanos a quienes mantener...

—¿...?

—Nos pasamos aquí toda la vida, y tenemos que dejar los chicos tiraos y sin cuidado. ¡Y pa qué? ¡Pa no cenar cuando se almuerza!

—¿...?

—Las hay que sacan hasta sus tres pesetas.

—¿...?

—¡Y que entramos aquí cuando somos niñas, y salimos cuando nos llevan en *auto*! ¡Que pa eso hemos progresao!

—¿...?

—Mire usted. Hemos ido a un inspector pa pedir



Empiezan a salir las cigarreras de la fábrica... Despacio bajan la escalera... Casi todas estas mujeres pasan de la cuarentena, y ninguna responde al tipo literario que nos hemos forjado a través de los cristalitos color de rosa de la fantasía...



Las veteranas de la Fábrica de Tabacos de Madrid: Flora Alonso (1), de ciento ocho años de edad, y María Grañés (2), de ochenta y dos años. Estas dos ancianas, la primera de las cuales lleva ochenta y tres años en la fábrica, trabajan aún y no tienen intención de jubilarse.

(Fots. Cámara)